**“SUCEDE QUE MIENTRAS MÁS ME DOCUMENTO,
ME SIENTO CON MAYOR FUERZA PARA IMAGINAR”,
ENTREVISTA AL ESCRITOR COLOMBIANO PABLO
MONTROYA**

*“It happens that the more I document, the more I feel to
imagine.” Interview with colombian writer Pablo Montoya*

Juan Joel Linares Simancas
Maestría en Literatura Latinoamericana
Universidad de Los Andes

Recibido: 2016-03-17

Núcleo “Rafael Rangel” - Venezuela

Aceptado: 2016-04-18

caicarel@gmail.com

Para el año 2015 el escritor colombiano Pablo Montoya (Barrancabermeja, Santander, Colombia, 1963), es galardonado con el Premio Internacional de Novela “Rómulo Gallegos” con la novela: *Tríptico de la infamia* (2014). Esta obra premiada obedece, según criterio del autor, a una serie de ejercicios que si bien establecen el discurso de una novela en la historia, también ofrece un vasto y luminoso panorama sobre lo acontecido en tierras americanas. Tres de los personajes, ciertamente históricos, pero “desconocidos”, atraviesan los escenarios durante la época de los descubrimientos; además de permitirnos como lectores, vislumbrar las vicisitudes y encomios padecidos en medio de lo trágico y lo bello. Una novela que recorre con desmesurada fuerza lo vandálico que significaron las conquistas, y la eufemística verdad que se pretendió construir y consolidar en tierras recién halladas: un ideal de lo real que al decir de Hegel desembocaría en un territorio cuya historia estaría por escribirse, narrarse e incluso imaginarse. Una novela que ha sido

denuncia y revelación a la par de los grandes discursos que se han tejido en torno a esta etapa de la historia. Una etapa ciertamente penosa y esplendente en tanto conocimiento y comprensión de nuestro pasado.

La entrevista concedida da cuenta de ese tránsito literario de este escritor con una vasta obra narrativa, poética y ensayística. Profesor universitario de la Universidad de Antioquia, Colombia, pertenece a una generación que ha trazado las líneas entre un discurso histórico reciente de nuestro continente, y un posible diálogo entre las formas más diversas del arte. Su trabajo como escritor así lo confirma. Entre ellas: *La sed del ojo* (2004), *Lejos de Roma* (2008) y *Los derrotados* (2012). En 1999 el Centro Nacional de Francia le otorgó una beca para autores extranjeros por su obra *Viajeros* (1999). En el año 2008, el Ministerio de Cultura le confirió una beca que le permitió escribir el ensayo *La novela histórica en Colombia, 1988 – 2008: entre la pompa y el fracaso* (1999), *Tríptico de la infamia* (2014), así como ensayos sobre música, literatura y pintura, han aparecido en revistas de América Latina y Europa.

Las interrogantes hechas al escritor, así como sus disertaciones giraron en torno a ese discurso, apenas inconcluso, pero que pertenece a un diálogo que ha brotado de una conciencia que nos permite, cada vez con mayor intensidad, indagar sobre nuestra fragilidad como especie, y nuestra condición de desamparo. Apenas unos días de agosto del año 2016, y las imágenes sugerentes de una novela que leí con cierta reserva, me condujeron a formularle vía internet, estas preguntas que les presento. En todo caso, pensé, ¿me contestará?, dejo pues, este intercambio que celebro desde la palabra como el acontecimiento más auténtico y real con una de las voces de la actual literatura latinoamericana.

JJLS. En la obra *Tríptico de la infamia*, novela que obtiene el Premio Internacional “Rómulo Gallegos”, en el año 2015, surge a partir de

una investigación que en su momento se denominó, “La visión del indio americano en el siglo XVI: entre la barbarie y la civilización”; de qué manera este trabajo ciertamente científico, pudo desembocar en una novela; qué aspectos consideró relevantes para ser volcados en el discurso ficcional.

P.M.: *Tríptico de la infamia* (2014), así como mis otras novelas surgen de profundos trabajos de investigación, de muchísimas lecturas, de viajes y visitas a archivos que guardan documentos del ayer. Como soy profesor universitario he tratado de articular estas labores, digamos académicas, a los procesos de escritura. En el caso de esta novela, la imbricación entre labores investigativas y labores de escritura ficcional es tan compleja que me parece difícil determinar qué pertenece a la invención literaria y qué no. Sin embargo, me atrevería a decir que toda la construcción de la época y su telón de fondo histórico está sustentada en las investigaciones sobre el siglo XVI que realicé. Lo mismo sucede con una buena parte de los avatares de los pintores protagonistas. Creo que la sección en donde más se presenta esa imbricación es en la segunda parte del Tríptico dedicada a François Dubois. De él, de su personalidad y su familia, de su modo de ver el mundo, de su dolor, su impotencia y su creatividad, lo inventé casi todo, porque de este personaje, valga la pena decirlo, no se sabe mayor cosa. Pero para recrear el París de las guerras de religión en el que este pintor se movió, así como la Ginebra en la que se exilió, me documenté lo más posible. En el caso de esas dos ciudades de la segunda mitad del siglo XVI, me basé en mapas, en crónicas y testimonios de la época, así como en numerosos trabajos de los historiadores modernos, casi todos ellos franceses, que han estudiado ese turbulento período. Pero, en mi caso, sucede que mientras más me documento, me siento con mayor fuerza para imaginar.

JJLS. En *Tríptico de la infamia* pone de manifiesto una constante que tiene que ver con la pintura. La presencia de tres pintores renacentistas que dialogan desde el discurso visual. Esta persistencia a presentar un texto a través de la imagen que es además una suerte de representación al igual que puede ser el discurso de la novela como tal.

P.M.: Poco a poco mi interés por unir pintura y literatura fue llegando a esa suerte de apoteosis que, dentro de mi obra, significa *Tríptico de la infamia*. Antes me había preocupado por insertar lo visual a lo literario. *La sed del ojo* (2004), mi primera novela, está fundamentada en unos daguerrotipos eróticos franceses del Segundo Imperio. Solo una luz de agua y Trazos son libros de prosas poéticas enraizados en la pintura. El primero es una lectura que hago, en clave poética y ensayística, sobre los 28 frescos que Giotto hizo sobre Francisco de Asís; y el segundo es una especie de galería pictórica personal que va de los frescos de Lascaux hasta algunos pintores contemporáneos colombianos. En *Los derrotados* (2012), mi tercera novela, la fotografía de guerra ocupa un lugar crucial a la hora de querer interpretar las maneras en que la última violencia colombiana, la provocada por sus múltiples ejércitos, ha sacudido nuestras conciencias. De tal manera que cuando abordé a estos tres pintores tenía un terreno recorrido que me permitió lograr una cierta coherencia en la propuesta narrativa. Una propuesta que acude al formato visual simplemente para estimular la imaginación del lector. *Tríptico de la infamia* pudo haberse publicado con el amplio soporte pictórico que la sostiene. Pero nunca olvidé, mientras la escribía y cuando se publicó, que era una novela y por lo tanto debía aparecer como un libro hecho solamente de palabras. Con todo, no desconozco que uno de los encantos que posee la obra es que lanza al lector, sobre todo a un lector curioso, por los vastos espacios de la representación pictórica. Y como la internet está a la mano, la

lectura, para muchos, ha resultado ser reveladora.

JJLS. ¿Novela histórica o la historia en la novela?

P.M.: Ante todo una novela y, como tal, un artefacto literario que se debe leer como lo que es, es decir, como un conglomerado de hechos que actúan en el plano de la ficción. Pero, a su modo, es una novela histórica porque indaga en el pasado para tratar de ofrecer luces que ayuden al lector a situarse o a desubicarse en el presente. De ninguna manera pienso que mis novelas narran hechos verdaderos del pasado. La verdad en la literatura no existe, lo que hay son verdades ficcionales y solo por ellas los escritores debemos responder. Por las verdades supuestamente históricas que respondan, si lo desean, los historiadores. Ahora bien, lo que yo siempre he tratado de hacer en mis novelas históricas es subjetivizar el pasado. Sumergirme dentro de él con todo lo que mi pensamiento y mi sensibilidad tienen de actual.

JJLS. En un estudio acerca de la novela histórica de reciente data, la investigadora María Cristina Pons (1996), ha señalado que “la novela histórica, desde el punto de vista genérico, no sólo implica una manera de escribir sino también entraña una manera de leer el texto y la historia”, en este sentido, de qué manera tu novela lee o descifra una época ciertamente pasada, pero que indudablemente desde nuestra contemporaneidad, nos permite establecer una suerte de lectura, a ratos que nos ofrece conatos de interpretación sobre nuestro pasado, y también sobre nuestro porvenir.

P.M.: Mi inmersión en el siglo XVI está hecha desde este presente en el que vivo. Traté de mostrar a tres pintores sometidos a las crueldades ocasionadas por las guerras de religión y de conquista de esa época, pero las focalizaciones literarias están impregnadas de

modernidad. De ahí que uno de los recursos que yo utilizo en *Tríptico de la infamia* sea el anacronismo. Anacronismos que levantan numerosos puentes entre el tiempo de los pintores y el tiempo de los narradores. Como escritor e investigador, me estimuló también la posibilidad de cuestionar ese pasado que se nos ha enseñado de una manera bastante manipulada. No guardo, por ejemplo, hacia la conquista americana ningún entusiasmo y todo su proceso no me despierta el más mínimo deseo de cantarla, festejarla o agradecerla. Me parece, simplemente, un gran crimen hecho en nombre de valores a todas luces cuestionables: los credos de una religión, en este caso la cristiana católica y protestante, y el poder del dinero de sus brumosos exponentes. Igualmente, desde que empecé a escribir, creo que desde que empecé a pensar el arte y sus formas de participación en las sociedades, me acompaña la certeza de que el artista debe ser independiente, crítico del orden de cosas en el que vive, disidente y, en cierta medida, rebelde. Estas serían, sospecho, algunas de las claves que presento en mi novela. Pero una de las que más resuena, cuando se lee *Tríptico de la infamia*, es el asunto de la intolerancia religiosa y la obligación ética que tenemos los seres humanos de erradicarla de nuestros proyectos sociales.

J.J.S. En un artículo sobre el discurso histórico el crítico venezolano Antonio López Ortega (1997), se interrogaba a grandes rasgos que ¿Cómo no entender la novelística hispanoamericana sino como un diálogo permanente con la historia?, y agregaba que “Si la épica sólo opera con los mundos conocidos y, evidentemente, América no lo es, entonces, más que dialogar con la historia, la novela Hispanoamericana contemporánea inventa la historia o como diría Carlos Pacheco (2001) , ¿reinventa mediante la ficción la historia narrada en tu novela?

P.M.: Lo que hacemos los escritores cuando escribimos sobre el

pasado, es reinventarlo. Recrear un ayer, con muchas libertades, esas que otorga la imaginación, desde prismas otorgadas por el presente. De esta manera, la literatura actualiza ese pasado. No creo en las pretensiones arqueológicas que algunos dicen seguir cuando escriben novelas históricas. Cuando leo esos prólogos o epílogos de algunos novelistas en donde precisan qué leyeron, qué investigaron, adónde fueron, con quiénes hablaron, para justificar la veracidad de sus historias, me recuesto en la reserva y me digo que estoy ante un escritor que quiere manipular al lector. A mí jamás se me ha ocurrido poner en una parte de mis novelas, las lecturas que hice para escribirlas. Eso que lo averigüen los lectores por su cuenta o que lo pregunten los periodistas o estudiosos de la obra al escritor en otras circunstancias.

JJLS. “Nuestra condición es el desamparo”.

P.M.: Me apoyé en ella para escribir la segunda parte de *Tríptico*, la dedicada quizás al personaje más impactante de la novela: François Dubois. Siempre pensé que Reinaldo Arenas, ese artista perseguido por la represión comunista y sus fantasmas personales, debía ser uno de los referentes de mi novela. Por supuesto, los tres pintores son personajes que, pese a la turbulencia social que los rodea y la carga de desamparo que padecen, se redimen en el arte que practican. Este libro está sustentado en una divisa insoslayable: el arte condena y salva al mismo tiempo. Es, como lo dije en el discurso que leí al recibir el premio Rómulo Gallegos, “una de las maneras que existen para dignificar al hombre en su capacidad de resistencia y la más paradigmática para mostrar su deterioro”.

JJLS. ¿A qué se debe esa infatigable necesidad de decir y contar nuestra historia a través de la ficción?

P.M.: Quienes sentimos esa necesidad somos algunos escritores. Hay que señalar que, en el campo de la literatura actual, hay autores que desconfían de la novela histórica porque les parece una moda, una farsa o una vía espuria para desentrañar la condición humana. Teniendo en cuenta mi propia experiencia podría decir que acudo a esta auscultación del pasado porque este me parece extensísimo y porque en él hay muchas claves para poder entender el paso por este complicado presente que estamos transitando. Además, el pasado es tan inmenso como revelador, el presente demasiado fugaz y el futuro sencillamente impredecible.

JJLS. ¿Responde *Tríptico de la infamia*, tal como lo ha puntualizado María Cristina Pons (1996), a un acontecimiento histórico determinado? ¿En qué medida tu obra en particular, establece una conciencia histórica en nuestro continente?

P.M.: Los dos acontecimientos principales que atraviesan mi novela son las guerras de religión, sucedidas particularmente en Francia, y la conquista española de América y el exterminio indígena que provocó. De algún modo *Tríptico de la infamia* se sumerge en esos dos episodios para clarificarlos todavía más y, en esta perspectiva, lanzar sobre ellos, y desde la escritura literaria, una especie de exorcismo curativo. Pero no se trata de una sanación colectiva sino personal. Mejor dicho, es la manera en que yo, descendiente de esos dos traumas espantosos, he procurado efectuar mi propia cura. Si esta también la siente el lector, tanto mejor para él. Pero debo decir que los motores de la escritura de *Tríptico de la infamia* han sido unas imágenes pictóricas. Para la primera parte fueron las láminas que hizo Le Moyne a partir de su viaje a La Florida. Para la segunda, la Masacre de San Bartolomé que pintó Dubois. Y para la tercera, los diecisiete grabados que hizo De Bry sobre la Brevísima destrucción de las Indias de Bartolomé de las Casas. Es sobre estas pinturas, y

el discurso literario que construyo en torno a ellas, que edifico una conciencia histórica sobre ese pasado siniestro. Pero esa conciencia es, y me parece necesario señalarlo una vez más, completamente contemporánea.

JJLS. A juicio del investigador venezolano Víctor Bravo (2001), y refiriéndose específicamente al discurso histórico cuando señala que la “ficción, antes que la historiografía, ha sabido ver la perplejidad en los ojos de nuestra cultura, su soledad, su extravío, su desmesura; pero también su impresionante exaltación de la vida”. En este sentido, la novela *Tríptico de la infamia*, tal y como lo manifestó Francisco Solano (2015), “es un libro admirable, que en ningún momento, a pesar de la cruda exposición de la barbarie, se desvía del consuelo que procura la dimensión del arte frente a la tenebrosa realidad”.

P.M.: Las palabras de Francisco Solano son muy sensatas y las agradecí mucho cuando las leí en Babelia. Fue la primera reseña de la novela que salió en España y me alegró que hubiera sido positiva y que Solano hubiera señalado el poder restaurador de su escritura. Es verdad que *Tríptico de la infamia* está llena de tonos oscuros y dolorosos, pero jamás desconoce que una de sus esencias es el consuelo. Ahora bien, se sabe que tanto al texto histórico como al literario lo empuja la capacidad de asombro del autor. Pero es la ficción la que permite una mayor movilidad y, sobre todo, la que se da el lujo de acudir a la poesía para que su mensaje sea más profundamente humano. Quizás por esta razón, algunos pedagogos franceses de finales del siglo XIX aconsejaban que para enseñar las guerras napoleónicas se debería leer a Stendahl en los establecimientos educativos, y no los textos propiamente históricos que lo que hacían, y todavía lo siguen haciendo, era ensalzar hasta el descaro y la exageración unas figuras, unas batallas y unas ideologías.